

tendría para la didáctica del español a italo hablantes el aprovechamiento de las similitudes entre ambas lenguas.

El interés de Félix San Vicente por la gramaticografía y la lexicografía contrastivas entre el italiano y el español viene de hace ya muchos años y se ha plasmado en importantes contribuciones y, sobre todo, en la dirección del *Portal de gramática y de lingüística contrastiva español italiano* (www.contrastiva.it). En el volumen que nos ocupa aborda «Una cuestión que no cesa: la lingüística contrastiva español italiano», en el que insiste en la necesidad del planteamiento contrastivo en la enseñanza del español, siendo especialmente interesante el análisis de la elección de la variedad de una lengua para enseñar, máxime teniendo en cuenta la complejidad diatópica, tanto de la lengua española como de la italiana.

La publicación se cierra con el artículo de uno de sus coordinadores, Luis Luque, «Aspectos cognitivos y contrastivos de las locuciones entre español e italiano», en el que, partiendo de la idea de que «las lenguas diferentes pueden proveer distintas segmentaciones de la experiencia» (p. 542), se propone indagar de qué manera las locuciones de una y otra lengua, en tanto que segmentaciones del pensamiento, son a su vez el reflejo de distintos procesos mentales, lo cual deriva, a su vez, del hecho de que todo significado de una palabra es, en última instancia, un fenómeno cognitivo. Luque muestra que la afinidad léxica entre las lenguas española e italiana es realmente escasa si, en vez de considerar la palabra como algo aislado, la consideramos como parte integrante de locuciones.

En definitiva, Borreguero y Luque han tenido una iniciativa muy de agradecer por la comunidad de estudiosos de las lenguas italiana y española, al reunir en un volumen ocho estudios que, además de ser interesantes en sí mismos, muestran la posibilidad y la necesidad de futuras profundizaciones, como señala el propio Luque en la conclusión de su artículo: «quiero señalar el mucho trabajo que hay que realizar todavía en culturas y pensamientos tan ricos como el español y el italiano» (p. 550).

Fernando MOLINA CASTILLO

Francesco PETRARCA, *Mi secreto. Epístolas*, edición bilingüe de Rossend Arqués Corominas, traducción de Rossend Arqués Corominas y Anna Saurí, Madrid, Cátedra, Letras Universales, 2011, 590 pp.

Quienes desde tiempos inmemoriales nos estamos ocupando de las traducciones literarias lamentamos hoy en día que, cada vez más, se tome con naturalidad el sorprendente y desaprensivo “descontrol de calidad” por parte de los editores al respecto. Afortunadamente no es este el caso de la colección “Letras universales” de Cátedra, que en las últimas décadas ha prestado atención a figuras señeras de la literatura italiana. Entre ellas, la de Petrarca ha merecido tres ediciones en castellano al cuidado de excelentes especialistas: a saber, en 1989 apareció la del *Canzoniere* traducido por Jacobo Cortines; unos años después se reeditó la antigua traducción de

Manuel Carrera Díaz y Jacobo Cortines de los *Triunfos*, con nueva introducción y estudio de Guido Cappelli (2003); y en fecha reciente (2011) aparece esta de *Mi secreto* junto con una selección de *Epístolas*, al cargo de Rossend Arqués Corominas, con el que Anna Saurí ha colaborado en la tarea traductora. Como las anteriormente mencionadas, la edición es bilingüe, lo que la hace especialmente valiosa: viene a llenar un hueco importante, puesto que el texto original en latín no se había ofrecido en la traducción castellana del *Secretum* anteriormente publicada en España, la excelente de Carlos Yarza (autoría que, por cierto, aparece poco claramente consignada en la bibliografía, por un leve descuido de Arqués, que en la p. 60 de la Introducción podría inducir al lector a atribuirla a Francisco Rico; este fue en cambio el introductor y coordinador de aquel volumen, meritorio y ahora difícilmente asequible, de las *Obras* de Petrarca en Alfaguara, 1978).

Tras alabar la iniciativa editorial, es de justicia reconocer los méritos de un investigador de la extraordinaria sensibilidad y preparación filológica de Rossend Arqués, cuya faceta medievalista destaca notablemente dentro de una trayectoria más amplia de estudios sobre épocas y áreas diferentes del italianismo. En este caso ha asumido también la tarea de traductor, que implica un plus de responsabilidad a la hora de optar por una edición bilingüe, esencial para el filólogo. Por muy fiable que sea un texto traducido, que nos proporciona el placer irrenunciable de la lectura sosegada y continua en una lengua moderna que mejor conocemos, la posibilidad de acudir contemporáneamente al original casi siempre nos brinda un sustancial enriquecimiento semántico. Ello puede comprobarse, por ejemplo, en la obra que nos ocupa, a propósito de la duplicidad de títulos, cuya cuestión Arqués examina en las páginas 15-16 –rezando en castellano *Mi secreto* y *Sobre el conflicto secreto de mis preocupaciones*– bien traducidos y debidamente jerarquizados, como título el primero y como subtítulo el segundo, según una tradición ya consolidada. Pero para apreciar en profundidad esta jerarquización, resulta insustituible la ventaja de la edición bilingüe porque, como es sabido, la ambigüedad –requisito esencial para la pertenencia al ámbito de la literatura de este libro tan importante, diario del alma de Petrarca– reside también en el doble título. En efecto, en el más extenso *De secreto conflictu curarum mearum*, el término *secreto* funciona como adjetivo y el acento recae sobre el sustantivo *conflicto* (término propio del lenguaje guerrero medieval; recordemos la batalla entre vicios y virtudes de Bono Giamboni), empleado para la lucha interior entre las aspiraciones terrenales de Franciscus y las llamadas a la entrega religiosa que constituyen la propuesta de vida de Augustinus; en cambio el escueto *Secretum* como sustantivo neutro, en el siglo XIV más cercano tal vez al étimo latino (participio pasado de *secernere*, ‘elegir’ y ‘echar fuera’, ‘secretar’) indica, además de la ocultación, la parcela del propio yo que Petrarca quiere exteriorizar y mostrar, es decir, lo destilado y confesado tras un atento examen. No cabe duda, en efecto, de que la prioridad del título pertenece a este aspecto de la confesión, pues refleja de modo más fiel el estado anímico de Petrarca al escribir esa obra aparentemente no destinada a los lectores, pero que en realidad se propone –y así será recibida por la posteridad– como la primera autobiografía intelectual, importante por la temprana aparición de la moderna autoconciencia artística del

individuo. En cambio el concepto de conflicto, amén de seguir la modalidad del debate entre dos posiciones opuestas de tradición románica anterior al surgir del diálogo renacentista, invita al ejercicio heroico de la rendición-conversión sin condiciones. Aspiración que queda alojada en el alma de Petrarca como elemento residual de una llamada a la entrega religiosa, a la que el poeta se quiere adherir con un convencimiento nunca completo, fruto de un voluntarismo exhibido más que sentido, de una *voluntas/noluntas*.

Volviendo a una inicial valoración de conjunto, después del bilingüismo del texto editado merece especial aprecio la meditada configuración del libro y el acierto del estudioso en seleccionar las cinco Epístolas que acompañan y complementan la obra principal: del rico epistolario petrarquesco se han elegido, en efecto, las más apropiadas para estudiar en paralelo y, valga la expresión, desvelar el *Secretum* a los lectores castellanohablantes. Asimismo debe valorarse la reproducción en Apéndice (pp. 586-583) de las canciones 264 y 360 del *Cancionero*, estrechamente relacionadas con algunos aspectos de este singular diálogo en prosa latina de Petrarca. Cabría, si acaso, avanzar alguna duda sobre su colocación en apéndice, que puede ser debida a exceso de honestidad, puesto que de ellas se ofrece una traducción no del propio Arqués, sino la de Jacobo Cortines. Pero la idea de apéndice sugiere un 'además' y no evidencia la centralidad de estas canciones en la reflexión crítica que, de hecho, lleva a cabo el estudioso al poner el texto del *Secretum*, obra 'moral', en pertinente y activa relación con otros de género diferente, que de distintas maneras transforman la autobiografía en literatura. Penetrar en lo interior de Petrarca exige, en efecto, más de un punto de mira, y los tres que propone el estudioso (*Secretum*, *Epístolas* y *Canzoniere*) consiguen dar plenamente en la diana. Es más, en nuestra opinión este acercamiento a la obra lírica (al que Arqués dedica un capítulo: «El *Secretum* y los *Rerum vulgarium fragmenta*», pp. 32-36) es uno de los grandes aciertos del estudio introductorio, también porque con ello se supera cierta actual esnobística desatención hacia ese texto, que constituyó un verdadero canon de la poesía occidental europea durante siglos. En sus palabras, p. 33, «Muchas páginas del diálogo nacen del contacto con los versos que durante estos años Petrarca somete a continua revisión. Y viceversa, muchos versos, sonetos y canciones surgen de la escritura del *Secretum*. Como si poesía y diálogo fueran dos maneras distintas de ver y analizar los mismos problemas desde ópticas y estilos diferentes».

La observación de esta circularidad y recíproca ósmosis entre distintos textos de Petrarca, a su vez relacionados con otros pertenecientes al amplio universo de cultura del aretino, confieren al estudio preliminar la notable originalidad de un planteamiento personal, pero ciertamente no gratuito. En efecto, la seguridad de orientación del estudioso es fruto de la asimilación de unas cuantiosas lecturas meditadas y razonadas. Tener en cuenta todos y cada uno de los problemas críticos planteados por una obra del peso específico del *Secretum* significa adentrarse en la selva, algo desalentadora, de la bibliografía petrarquesca, en la que Arqués no solo no se pierde, sino que consigue abrirse un camino que le permite proceder en orden y alcanzar la soltura de una exposición clara y, en el mejor de los sentidos, didáctica. Esto lo agradecerán no solo los no especialistas en Petrarca (grave error sería

olvidarse de ellos, si queremos que lo conozcan), sino también lo agradecemos los que, sin poseer una competencia lingüística tan amplia como la del autor, sin embargo, juzgando por lo que conocemos, estamos en grado de constatar que los “guías” que lo acompañan en este camino crítico están sabiamente seleccionados y jerarquizados con criterios científicos, desoyendo los cantos de sirenas de pretendidas últimas novedades. Así pues, en el ámbito hispánico, la escasez de estudios modernos se ve compensada por la calidad y solidez de la monografía de Francisco Rico, por la que parece que no han pasado casi 40 años; sigue de plena actualidad aquel seguimiento del *Secretum* paso a paso, línea a línea, enteramente finalizado a la datación, que Arqués toma como punto de partida irrenunciable de la nueva lectura que nos ofrece, aunque, por supuesto, tenga en debida cuenta también todos los demás estudios petrarquescos de Rico. En el ámbito italiano, nombres como Contini, Fenzi, Noferi, Bettarini, Dotti, Guglielminetti, por no citar más que los de mayor peso, confirman el excelente criterio con el que ha fundamentado su nueva y personal lectura de un clásico.

La introducción empieza por señalar el cambio de perspectiva con que el protohumanista Petrarca observa a su alrededor una cosmovisión sacralizada que se encuentra en plena crisis (el naufragio); una crisis que se corresponde con la propia, percibida en su interior claramente (casi fríamente en el *Secretum*, como subraya Arqués); el poeta se siente parte del naufragio, a diferencia de Dante que podía observarlo desde la orilla, saldamente aferrado a la roca de su fe. La crisis de Petrarca es “nueva”, pero retoma un dilema antiguo de siglos, que quien esto escribe percibió hace años en san Basilio con su homilía *A los jóvenes*, y en san Jerónimo, escindido entre ser *ciceronianus* y *christianus*, en busca de una compatibilidad entre dos mundos, tanto más difícil cuando más auténtico y sentido es el amor hacia ambos. Y es este el caso de Petrarca, que en el *Secretum* lo formula de nuevo a través del diálogo de Franciscus con Augustinus, frente al *vere-dictus* o juicio silencioso de la Verdad. Como apuntó en su día Umberto Bosco, la atención hacia la Patrística, decididamente preferida a los sistemas cerrados de la teología medieval (no olvidemos la polémica antiaristotélica del *De sui ipsius et multorum ignorantia*) marca una de las novedades esenciales de Petrarca. Y no es casual que, en el *Secretum*, el Padre por antonomasia sea su interlocutor Augustinus, que en las *Confessiones* había revelado su conversión peculiar, diferente de la *metánoia* del visionario Saulo, en tanto en cuanto experimentada a través de una lectura. Petrarca aspira a lo mismo, a convertirse a través de un libro, en este caso evocando precisamente un pasaje de las *Confessiones* del santo. Una pretendida *serendipity* que también le ocurriría en la cima del monte Ventoso, como Petrarca relata en la más famosa de sus epístolas. Como precisó en su día Rico, del episodio de la higuera de Agustín nace el *Secretum* (Rico, p. 71: «Petrarca debió quedar prendado por la intensidad y la belleza de las páginas de las *Confessiones* en que Agustín refiere el gran trance de la conversión; analizándolas con cuidado, abstraigo de ellas una armazón de presunta validez universal [...], la reforzó con materiales estoicos y la hizo culminar [...] en el relato de la misma escena que la había inspirado»).

Las páginas que Arqués dedica a la estructura de este diálogo con un santo identificado con sus libros resultan de lo más esclarecedor para acceder a Petrarca como personalidad marcada por la duda, rasgo de modernidad que llegará hasta Montaigne y más allá. La clave es el término “inquietud”, que se repite a lo largo de estas consideraciones y queda así explicado: «Petrarca fluctúa entre el horizonte del paradigma cristiano, inalcanzable por debilidad o *curiositas*, y el protomodelo estoico, mucho más mundanal, aunque no menos austero e inflexible en su análisis de las interioridades» (p. 25). Se trata, así pues, de un estado anímico que no se atreve a renunciar a la curiosidad por indagar e investigar todo lo humano, a riesgo de que esa duda alcance también las certezas de la fe y resulte fuente de tibieza e inseguridad. La no-conclusión del *Secretum*, su falta de posicionamiento firme, a la vez que anticipa en lo formal la estructura del diálogo ciceroniano renacentista, en su planteamiento conceptual nos descubre la dificultad petrarquesca (y en definitiva, la no-voluntad, por temor de llegar hasta el fondo) de deslindar el concepto de delito del de pecado, el de amor del de lujuria, el de autoconciencia artística del de soberbia. Cuestiones que habrá que reconocer de una sorprendente actualidad.

Con todo, el más nuevo pecado del hombre moderno resultará ser la *accidia* o acedia, pariente de la duda, de la desidia y la inacción: pecado privado, lejos de la transgresión puntual de un mandato divino, lejos del “delito”, pero para Petrarca ciertamente más difícil de superar por ser más humano: no tanto un pecado sino una actitud, casi una enfermedad incurable del alma, reconocible tan solo al bucear honestamente en la propia interioridad. Arqués analizará de modo erudito y exhaustivo esta acedia en la nota 201 (pp. 237-238) del texto del *Secretum*, pero en la introducción acentúa su modernidad reconociendo en este estado lo que siglos después se llamará *spleen* (p. 29), y percibe cómo ya en esa época se estaba cerca de descubrir que «la enfermedad y las caídas no son solo errores [...] sino componentes fundamentales de la mente humana, útiles, por consiguiente, para conocer de forma más apropiada y profunda el espíritu humano con sus inquietudes, sus errores y sus ilusiones de arrepentimiento, cura y conversión» (p. 37). Pero, a pesar de esta intuición, añadiríamos, a Petrarca le falta la serenidad optimista del inminente humanismo del Quattrocento: para él el reconocimiento de la propia acedia, lejos de ser tranquilizador, sigue siendo fuente de inquietud.

La inquietud –palabra-clave, como hemos apuntado, del estudio de Arqués– también preside el criterio de la selección de las 5 epístolas magníficamente traducidas y anotadas (pp. 423-505), escogidas tras bucear en profundidad en varios sectores del denso corpus del epistolario petrarquesco. Acierto pleno, esta unión *Secretum-Epístolas*, si pensamos que un epistolario es una forma de multiplicar el diálogo, una forma reflexiva de dialogar consigo mismo y a un tiempo con amigos ausentes, en definición de Maria Corti. Esos destinatarios de las misivas, que pueden pertenecer tanto a la contemporaneidad del poeta como a una ideal república de las letras, fuera del espacio y del tiempo, reflejan claramente la identificación petrarquesca entre vida y literatura, y la relación epistolar con ellos (que inaugura una tradición que en el humanismo y en el renacimiento llegará a ser un nuevo género precursor del ensayo) elabora una nueva forma de autorretrato ideal.

A esta pequeña antología añadida al *Secretum* y representativa del perfil que Petrarca allí ofrece, dedica Arqués un amplio capítulo de la introducción, titulado con un oxímoron «Las serenas epístolas de la inquietud», y dividido en tres apartados (“Familiares”, “La mirada desde lo alto”, “La voz de la vejez a la posteridad”). En el primero, tras tratar la intrincada cuestión ecdótica de la producción epistolar de Petrarca, sus retoques y reagrupaciones –de carácter prevalentemente literario, a pesar de las ocasiones y de los concretos destinatarios de las misivas– se adentra en su génesis a partir de la lectura meditada de las cartas de Cicerón y de Séneca, en las que el aretino se inspira para construir una imagen de sí mismo sobre la falsilla del mítico Ulises, no tanto el de Homero, sino el del canto 26 del *Infierno* de Dante: el héroe inquieto que no sabe aceptar unos límites, el destinado al naufragio por su insaciable *curiositas*. El segundo apartado está dedicado enteramente a la epístola más conocida y admirada, la que trata de la ascensión al monte Ventoso, pieza antológica que ha sido comentada por especialistas de gran peso originando, como suele decirse, océanos de tinta. Arqués, tras un análisis minucioso, erudito y razonado de todas las interpretaciones, tanto del conjunto como de los detalles del texto, no parece decantarse en definitiva por ninguna en especial, pero consigue presentar el estado de la cuestión de forma tan clara y nítida que el lector queda de sobra preparado para formarse un criterio propio. El tercero y último apartado se centra en el análisis de dos epístolas, también muy conocidas, que quieren ser, ambas, el legado cultural y espiritual de Petrarca, ofrecido desde la vejez con diferentes y casi opuestas perspectivas: sosegada y positiva la de la epístola *Posteritati* desde la que «puede finalmente mirar con mayor distancia y serenidad su pasado y las cosas del mundo, para proponerse como modelo de hombre sabio a uso y consumo de las futuras generaciones. La vejez es, para él, sabiduría, momento adecuado [...] para percibir el lugar exacto del hombre en el universo y, sobre todo, de sus tareas y limitaciones terrenales» (p. 52). En cambio la carta que dirige al obispo de Génova Guido Sette, estará dominada por la nostalgia de un pasado lleno de ilusiones, contrapuesto a un presente desengañado y presidido por el pensamiento de la muerte y de la caducidad de todo lo terrenal. Latrocinios, pestes, terremotos, y toda clase de calamidades acechan al hombre, en una visión pesimista, de violencia y catástrofes naturales (que Petrarca considera también en un conocido pasaje de su *De remediis*), que no son más que consecuencias de la maldad humana: «la causa del mal se halla, no en las cosas, sino en los hombres, en quienes sólo reina la mentira, la perfidia y la discordia». Por ello «El mundo entero se ha vuelto más inseguro y terrible» (p. 56).

Arqués ha trazado, así pues, un perfil paralelo y a la vez complementario al del Petrarca del *Secretum* a través de sus epístolas más significativas, que son objeto de un análisis especial. De las cinco publicadas, el estudio preliminar dedica menor atención a comentar la I, 6 de las *Familiares* (A Giacomo Colonna) y la I, 14 de las *Metricae* (A sí mismo), privilegiando otras, pero no tenemos más que ir a los textos para apreciar cómo ambas han quedado magníficamente introducidas a través de las respectivas notas iniciales (p. 449 y p. 467).

El siguiente apartado, al que Arqués asigna un título pascaliano (“La ciencia del corazón”), resulta jugoso en su brevedad, porque ofrece una valoración conclusiva de todo lo anteriormente estudiado, lo que fundamenta la posición, polémica pero

muy meditada, del pre- o proto-humanista Petrarca contra la “ciencia” especializada con sus rígidas divisiones, corporaciones y “tecnicismos” (si puede hablarse de ellos en el sistema del saber medieval), como una apasionada reivindicación del sabio que percibe en el arte una forma más completa de conocimiento del hombre y del mundo. Una lección de Petrarca para los estudiosos de humanidades que sigue valiendo tras más de seis siglos.

La introducción se cierra, como es preceptivo en la colección “Letras Universales”, con unas densas «Notas sobre la escasa y poco conocida recepción del *Secretum* en la península ibérica» (pp. 59-63), pasando en reseña los estudios existentes, que han sido algo más numerosos en el área catalana, lo que sin duda se corresponde con la más temprana penetración de Petrarca en los territorios del reino de Aragón, una influencia que no podían desatender estudiosos medievalistas de la talla de Martín de Riquer y otros de su escuela. A veces podríamos lamentar que algunas de estas indicaciones aparezcan en largas notas y no formen parte del texto del estudio. Pero está claro que ha habido una voluntad delimitadora: como indica su título, en este apartado el estudioso se ha ceñido a la recepción del *Secretum*, y aunque menciona la del *De remediis*, del *De viris* y otras obras “morales”, omite prácticamente la recepción ibérica de los *Triumphs*, amén de la más amplia del *Canzoniere*, con el perfil humano de Petrarca que aparece en los prólogos de algunas traducciones castellanas, lo que abriría otro campo de investigaciones. Como apuntábamos al principio, Arqués ha seleccionado un camino preciso en la “selva” bibliográfica, y este último apartado queda intencionadamente abierto, como un auspicio para un futuro prometedor.

A continuación en el breve apartado titulado “Esta edición”, aparecen los criterios de Arqués acerca de los textos originales utilizados, y acerca de las anotaciones (situadas, como es lógico, al pie de la parte traducida) con la advertencia de haber utilizado prestigiosos comentarios anteriores: inusual honestidad crítica que también puede comprobarse en los numerosos “Agradecimientos” (p. 67). Sigue un listado de Abreviaturas, y una Cronología de la vida de Petrarca, con la que queda aligerada la parte introductoria sin, por ello, renunciar a proporcionar datos biográficos precisos.

La bibliografía que cierra el estudio resulta muy bien seleccionada e impecable.

El texto bilingüe se presenta asimismo con una gran pulcritud, en su correspondencia exacta de la página izquierda latina con la derecha castellana; ayuda a la lectura la numeración en negrita. No se aprecian erratas, y tan solo puede sorprender que no se respeten las últimas (hasta ahora) normas de la RAE; es más que probable que la entrega del texto a la editorial haya sido anterior a la difusión de estas. También es posible que Arqués no las apreciara como al parecer hay que hacerlo, en cuyo caso, tendría todo nuestro apoyo solidario y convencido, sin ánimo de polemizar...

El riquísimo aparato de notas, como ya hemos tenido ocasión de observar, resulta exhaustivo y esclarecedor. En cada caso se aporta toda la documentación al respecto, las fuentes, la discusión crítica cuando la hay, sobre pormenores que resulta imposible comentar en el espacio de que disponemos. No entraremos tampoco en los

méritos de la cuidadosa traducción, que nos parece magnífica pero que merecerá ser juzgada por alguien con más competencia; quien esto escribe es traductora casi primeriza, pero de sobra sabe que se trata de la parte más trabajada y difícil del libro. Por último, en un pecado de *curiositas* de menos calado que el de Petrarca, nos atreveríamos a preguntar, con la sospecha fundada de que sea mayor la responsabilidad de la editorial que la del propio Arqués, ¿por qué una edición tan rigurosa y cuidada no se ha completado con un Índice de nombres, tan indispensable para la consulta como fácil de compilar con las modernas tecnologías?

Esta última observación es fruto de nuestro firme convencimiento de que no existe la edición perfecta, y esto afortunadamente, porque todo libro, como sugiere la perspectiva humanista, debe hacer pensar y suscitar también reflexiones y dudas. Pero lo que resulta absolutamente fuera de duda es que, con este *Secretum* en su haber, el italianismo español fundado por Joaquín Arce no puede estar más que de enhorabuena.

Cristina BARBOLANI

Donato GIANNOTTI, *Della Repubblica fiorentina*, edición de Thèa Stella Picquet, Roma, Aracne, 2011, 320 pp.

La profesora Thèa Stella Picquet ha editado el tratado del florentino Donato Giannotti (1492-1573), intitulado *Della Repubblica fiorentina*. Precedida de una introducción histórica, rica y detallada, consagrada a la Italia de la época del Renacimiento (pp. i-lvi), la obra del florentino está compuesta por cuatro libros y ha sido estudiada y editada por Thèa Picquet a partir del texto, de un valor inestimable, del autógrafo de Giannotti: el códice 230, Magliabechiano, XXX, que constituye la última voluntad del autor florentino. Giannotti, un anti Médicis declarado, pasó la mayor parte de su tiempo exiliado en Roma. La primera redacción del tratado fue terminada en enero de 1531, pero Giannotti continúa revisándolo, enmendando y aumentando la obra hasta su muerte en 1573. Es más, el texto conoció diversas ampliaciones: entre enero de 1531 y el 14 de noviembre de 1534, período de tiempo en que el autor estaba convencido de la restauración de las instituciones republicanas en Florencia; después, en 1538, la obra sufre un cambio estructural, que tiene mucho que ver con el hecho de que Giannotti entrara al servicio del cardenal Niccolò Ridolfi en Roma. El manuscrito entonces se convierte en un testimonio esencial de sus convicciones políticas.

El texto manuscrito, editado hoy gracias a las excelentes investigaciones de la profesora Thèa Picquet, bien merece ser sacado a la luz. Trata fundamentalmente Donato Giannotti de interrogarse sobre el mejor régimen político posible para resolver la crisis florentina, una reflexión y una propuesta de soluciones que deberían tenerse en cuenta para el buen funcionamiento de los asuntos públicos ciudadanos en una Florencia que desde 1494 había sufrido cambios incesantes y había perdido sus valores republicanos en 1530, para adoptar los del principado bajo los auspicios de la familia Médicis. Tampoco faltan en su tratado las referencias a